

Victor Russo

## Génesis de los olores en el barrio de Mataderos

El apodo de Ramón era evidente. Y además de su aerodinámica nariz, Aguilucho le cuadraba bien por ser hijo de un matrimonio no consumado (obviamente, en el sentido más moderno de la palabra).

En cambio, el de Susi no. A ella había que conocerla mejor para saber por qué le decían Mandrígora. O por lo menos había que acercársele. Una vez al lado, y sabiendo del fétido olor de esa misteriosa planta, bastaba.

Se habían casado de apuro. Aguilucho era feo, aunque no tanto como para tener que soportar ese tufo toda la vida; pero la noche larga lo encontró necesitado, se animó, y metió la pata (bueno, Susi había conocido a otros muchachos, pero no a tantos; no fue con la pata). Tampoco iban a permitir que su hijo tuviera el mismo destino paria del padre.

Manuel nació igual de narigón y pestilente que sus padres, y llegó hasta este punto del relato —donde comienza la historia que quiero referir— arrastrándose entre las sombras de la noche y el alcohol. Tenía treinta años, o casi, y estaba sentado a una mesa de naipes donde jamás hubiese soñado estar; no por casto, sino más bien por su ineptitud para cualquier actividad en la que fuera necesario usar el cerebro.

El doctor Bloson era genial; experto histriónico capaz de fingir la muerte y la esperanza en un mismo gesto, al que nadie había podido descubrir en un renuncio. Él era uno de sus rivales; el otro, Juan Enrique Palmaraza Púan, un abogado tan trampo como el mejor de sus colegas, participe de partidas memorables, que llegó a ganarle la falta con tres cartas de distinto palo a un provinciano que tenía treinta y tres de mano. Manuel se llevó al negro Ráñez, del cual era fácil adivinar lo que tenía, pero ligaba más que ningún otro muchacho de la barra.

Por más estúpido que se fuera, después de dos o tres meses de emborracharse en el mostrador del bufé, casi siempre se terminaba haciendo amistad con la gente del Brisas del Sud. (Digo casi porque

me acuerdo cuando el petiso Di Marco le guiñó el ojo al gordo Mesa y lo terminó perdiendo.) Así fue que Manuel pudo sentarse a la mesa de truco del cuarto de atrás. No la del salón, donde los maulas jugaban por la vuelta de café. Además, los tordos ya lo habían relojeado, y sabían que Manuel siempre traía plata, porque trabajaba en el matadero desde los dieciocho y no tenía muchos gastos, salvo en vino. Y tomaba del común.

En las primeras cinco manos Ráñez ligó siempre treinta y tres. El negro derrumbaba todos los estudios de probabilidades y estadísticas habidos y por haber. En una, Bloson dice la falta y, sorpresivamente, los indoctos se alzaron con el primer chico. Pero lo más jugoso del asunto llegó en el desquite. Palmaraza Púan pidió permiso para ir al excusado y en el camino apalabró a la bufetera Gladis para que se acercara a distraer a los pibes (vale aclarar que tenía un escote muy apropiado para esa misión). La oxigenada, que siempre lo tenía a Manuel del otro lado de la barra y desconocía su herencia materna, se animó a ponérsele al lado al narigón. No sin esfuerzo comenzó a susurrarle al oído. Manuel temblaba y hasta se le caían las cartas de la mano. Sacarle los trescientos pesos que había llevado fue más fácil que robarle los chorizos a Richi. Pero a Manuel no le importaba; se había enamorado.

Por supuesto que al final del partido vino el desengaño, y como la ira de los estúpidos es incontenible —más si cuentan con un seis luces—, Manuel los mató a todos. No se salvó ni el pobre Ráñez, que desconocía todo engaño... hasta el de su propia mujer.

Manuel murió en la cárcel ese mismo año. En el Brisas ya no se juega más que por la vuelta. Y, dicen, no se puede hacer trampa cuando el viento llega del oeste. Algunos no hacen caso, porque creen que se trata del hedor de la bosta del matadero. Nosotros sabemos que es el justiciero y pestilente espíritu de Manuel.